

EDUCACIÓN INICIAL O PREESCOLAR: EL NIÑO Y LA NIÑA MENORES DE TRES AÑOS. ALGUNAS ORIENTACIONES A LOS DOCENTES

MARIELBA GIL G. Y OLGA SÁNCHEZ G.
MINISTERIO DE EDUCACIÓN

DIRECCIÓN DE EDUCACIÓN PREESCOLAR
MINISTERIO DE LA FAMILIA - VENEZUELA

TRASVASE

La Dirección de Educación Preescolar, a través del Componente Información, Educación y Comunicación del Proyecto de Desarrollo Social del Ministerio de la Familia, ofrece este folleto dirigido a docentes y adultos encargados de la atención de niños y niñas en sus tres primeros años de vida. En él encontrarán una serie de reflexiones y orientaciones en torno al papel de los padres y los docentes en la Educación Inicial.

Consideramos que el folleto será de especial utilidad para los docentes que laboran en los Centros del Niño y la Familia, Programa Familia, y Preescolar Integral de Calidad (PIC), debido a que orienta las actividades con las familias o cuidadores de niños y niñas de cero a tres años, y los trabajos de integración con la familia y la comunidad. Asimismo, sus contenidos pueden ser utilizados por cualquier otro adulto que tenga bajo su responsabilidad la tarea de la atención de esta población.

El folleto contiene dos partes. La primera presenta un marco de referencia sobre Educación Inicial o Preescolar,

destacando la importancia de los adultos (padres, docentes, promotores) en la educación de los niños pequeños; en la segunda parte se brindan algunos elementos sobre desarrollo infantil que servirán de base a los adultos para mediar o facilitar el desarrollo integral del niño o la niña menor de tres años.

Parte I. La educación inicial o preescolar

Importancia de la educación inicial o preescolar

La Educación Inicial o Preescolar comprende la atención de los niños y niñas desde su concepción hasta los 6 años. Su objetivo fundamental es contribuir con el desarrollo infantil, para lo cual se requiere ofrecerle una atención integral en un ambiente de calidad que favorezca su crecimiento y desarrollo en los aspectos físico, cognitivos, socioemocionales, psicomotrices y del lenguaje. Considera al niño o a la niña como un ser único, con necesidades, intereses y características propias del momento en el que se encuentra.

La Educación Inicial incorpora alternativas de atención no convencional o no escolarizadas a fin de ampliar la cobertura de atención a más niños y niñas, fundamentalmente a la población menor de tres años, y extender el servicio a los niños y niñas de los sectores marginales, rurales e indígenas.

Es necesario tomar conciencia de la importancia de los primeros tres años de vida en el desarrollo de los niños y niñas, y conocer los factores que lo favorecen, para intervenir en forma adecuada en esta etapa crucial y decisiva en la vida del ser humano.

La atención debe iniciarse desde la concepción, porque está demostrado que el estado de salud, tanto físico como psicológico de la madre, durante la gestación, tendrá consecuencias en el desarrollo de niños y niñas.

Las condiciones de vida económicas, sociales y culturales, en las que niños y niñas nacen y crecen, constituyen una importante fuente de estímulos y experiencias que influirán en su desarrollo.

La acción educativa inicial involucra a la familia y a la comunidad; uno de sus objetivos es la orientación y capacitación a los padres, para favorecer el desarrollo pleno de la población infantil.

Los padres, los docentes, los promotores comunitarios, las cuidadoras y otros actores significativos en la vida del niño y la niña, los ayudarán a crecer física, intelectual, social y emocionalmente en ambientes de calidad donde el entorno físico y las interacciones sean los desencadenantes del potencial de talento y habilidades con las que nace.

¿Por qué abordar la atención del niño y la niña menores de tres años en el contexto de la educación preescolar?

La atención del niño o la niña menor de tres años no es una idea novedosa, se inicia en 1986 cuando el Proyecto Familia, dependiente del desaparecido Ministerio del Desarrollo de la Inteligencia, pasa a formar parte de los Programas adscritos a la Dirección de Educación Preescolar del Ministerio de Educación. Este Programa contempla que el docente brinde orientaciones y realice actividades directas con las madres para lograr la atención integral del niño o la niña menor de tres años. Igualmente, el Programa Centro del Niño y la Familia comprende la atención de la población menor de 6 años y sus familias.

No se debe perder de vista, al abordar la atención preescolar, que:

- Los niños y las niñas tienen derecho a una vida digna y a un desarrollo pleno de sus potencialidades.

- Millones de niños y niñas en todo el mundo, Venezuela no es la excepción, padecen de desarrollo intelectual, social o emocional retrasado, debilitado o distorsionado en sus primeros años, hecho que los afecta durante toda su vida posterior. Si como docentes, no intervenimos para ayudarlos, el costo social de esta actitud sería muy elevado.

- Está demostrada la importancia de la promoción del desarrollo de la salud integral en los primeros años de vida. Las capacidades físicas, sociales y psicológicas con las que el niño nace son extraordinarias, pero si no se estimulan, en lugar de desarrollarse, se atrofian. ¿y quién mejor que las personas que tienen en sus manos la atención de este nivel educativo para realizar esta promoción en el ámbito familiar y comunitario?

- Existen múltiples argumentos de carácter social, político, económico y moral para realizar inversiones en la atención y el desarrollo de la etapa inicial de la vida. Entre ellos se encuentran que la inversión en políticas de atención se revierte en productividad económica a largo plazo, y que la formación integral de los niños preserva los valores morales y democráticos.

- En la actualidad hay una mayor demanda y necesidad de programas de atención y desarrollo de la primera infancia debido, entre otras razones, a que por el aumento poblacional y la crisis de la economía, hay un mayor número de niños y niñas en riesgo de sufrir alteraciones en su desarrollo, así mismo por la necesidad de dejar sus hijos e hijas al cuidado de otros adultos.

- Existe suficiente conocimiento sobre qué hacer para fomentar el desarrollo infantil saludable.

La educación inicial y la familia

Los padres como primeros educadores

Si se aspira a que los niños y las niñas se desarrollen como adultos creativos y aptos para abordar con éxito los problemas de las sociedades en que les toca vivir, han de ser criados en una atmósfera de afecto y cuidado, con adultos -padres y maestros- que les brinden relaciones cálidas y seguras.

La meta de facilitar un desarrollo sano y pleno en niños y niñas, no se refiere tanto a las instituciones específicas que lo atienden -centros preescolares, guarderías u hogares de cuidado diario, por ejemplo- como a la preocupación de fortalecer a las familias, en especial a las madres, en su rol como primera institución educadora del niño.

El fortalecimiento de las familias es importante por la necesidad que tienen los padres, sobre todo los de escasos recursos, de:

-Familiarizarse con la idea de que ellos pueden satisfacer las necesidades de desarrollo de sus hijos e hijas, y en esa misma medida fortalecerse ellos mismos.

-Ganar confianza y desarrollar habilidades que mejoren su interacción con sus niños y niñas, en forma gradual y en el transcurso del tiempo.

Este proceso se hace más difícil cuando un solo padre debe asumir las tareas de los dos, o cuando ambos son absorbidos por otras responsabilidades, o en general, en todos aquellos casos en los cuales los padres se ven limitados para conceder tiempo a sus hijos e hijas, debido a las presiones propias de la mera supervivencia.

La pregunta es, entonces, ¿cómo pueden cumplir los padres con su papel en la mejor forma? En esta perspectiva, los docentes tienen un papel decisivo, sobre todo los que brindan atención no convencional, se transforman en educadores de adultos capaces de trabajar con los padres y orientarlos en sus actividades, en tanto que la interacción directa con los niños y las niñas tiende a recaer más bien en los padres. De esta forma, la familia y el proceso pedagógico se unen para conformar un solo ambiente en el cual las situaciones favorables para el desarrollo del niño y la niña tienen continuidad.

El fortalecimiento de la familia debe tener como marco las condiciones sociales, culturales y económicas en las cuales viven éstas y sus niños y niñas. Especialmente, hay que respetar la diversidad, aceptar el derecho de las familias a expresarse, vivir y crecer en una cultura determinada.

.El trabajo de los docentes se dirige, entonces, a:

-Permitir a los padres compartir sus dudas y temores en cuanto a la crianza de los niños y las niñas en una atmósfera informal, lo que facilita su comprensión del proceso de desarrollo infantil en un ambiente de aceptación mutua.

- Facilitar este tipo de procesos para que los padres aprendan, no sólo a usar las instituciones para beneficio de sus hijos e hijas, sino también a poner en práctica los derechos que les asisten para decidir qué es más conveniente para el desarrollo sus niños y niñas y de ellos mismos.

El papel del docente

Los padres como primeros educadores, en muchos casos, necesitan ayuda profesional, para ello los educadores deben partir por reconocer que los padres pueden educar, y de hecho, educan a sus hijos e hijas; la tarea, entonces, es definir el tipo de ayuda a brindarles, las herramientas a usar y como aplicarlas.

La importancia del vínculo padres-docentes es clave, el papel del docente no es enseñar a los padres, se produce una relación complementaria donde si se presentan temas

educativos estimulantes y pertinentes, serán más fácilmente adoptados por las familias. La mejor contribución es con referencia a:

- Sistematizar las experiencias de los padres.
- Establecer las bases para el desarrollo de actividades compartidas.

- Aprovechar y enriquecer los recursos del ambiente.
- Identificar y reconocer las prácticas adecuadas de crianza.

- Favorecer el proceso de afianzamiento de la conciencia e identidad culturales.

- Promover las expresiones artísticas, musicales y dramatizaciones generadas en las propias comunidades, así como rescate de juegos arraigados en la cultura, igual que las leyendas y el folklore local.

- Identificar y trabajar temas de interés común de los padres, donde estén presentes: áreas de desarrollo infantil, salud, nutrición, recreación y problemas específicos planteados por ellos mismos.

Entre las actividades específicas que pueden realizar los docentes se encuentran:

- Producción y provisión de una variedad de recursos de bajo costo, entre éstos: materiales ilustrados, lecturas, láminas, con aspectos relevantes y pertinentes relacionados con las tradiciones, el ambiente de las comunidades, con la salud, la nutrición, la recreación, además de los referidos a la atención pedagógica de niños y niñas.

- Actividades directas con los padres para que aprovechen las situaciones de la vida diaria, los juegos, los paseos, las visitas, para facilitar y mediar en el desarrollo de sus hijos e hijas.

Los docentes necesitan tomar conciencia de la importancia de trabajar con los padres, sin considerarlo como una tarea adicional a las muchas que lo sobrecargan normalmente, sino como parte del trabajo normal del maestro porque, aun cuando se acepta que los padres pueden ser excelentes educadores, es necesario fortalecer sus destrezas y asegurar que eleven sus niveles de autoconfianza.

El trabajo conjunto padres-docentes amplía los horizontes de niños y niñas y enriquece las posibilidades de su desarrollo integral.

Parte II. El niño o la niña de cero a tres años

El adulto como mediador o facilitador del desarrollo del niño o la niña

En el desarrollo integral de niños y niñas, desempeñan un papel decisivo los padres, docentes y adultos significativos que son parte de su vida (cuidadores, abuelos, tíos, hermanos...).

El papel protagonista de los adultos en la atención de niños y niñas pequeños va a depender, en gran medida, del conocimiento que tengan sobre su desarrollo, pues el conocer como van evolucionando, les va a permitir ir adecuando su interacción con ellos, proporcionándoles la guía y el apoyo necesario a fin de propiciar el desarrollo pleno de sus capacidades.

Es determinante el conocimiento que el adulto a cargo de niños y niñas pequeños tenga, acerca de las etapas que van viviendo y de la importancia del rol que le corresponde jugar como mediador de sus experiencias de aprendizaje. Esto significa que el mediador actúa como apoyo e interviene entre el niño y el ambiente para ayudarlo a organizar su sistema de pensamiento y facilitar la aplicación de los nuevos conocimientos a las situaciones que se le presentan en su quehacer cotidiano. Las funciones que al adulto le toca desempeñar como mediador son importantes debido a que:

- La influencia que ejerce sobre el niño o niña es decisiva para su desarrollo.

- El adulto constituye la base de seguridad del niño o niña.

- Es el elemento humano primordial de una interacción básica significativa de la que va a depender un buen desarrollo socioemocional.

- Es esta interacción con el adulto que lo atiende, que lo cuida y que lo educa, la que determinará positiva o negativamente, su potencial de crecimiento en todos los aspectos.

En estos primeros años, el eje que debe regir la atención a los niños y niñas es la seguridad emocional, la cual depende de los vínculos de apego, el tipo de relación que se establece y la autoestima. Por lo tanto, el adulto que atiende niños y niñas pequeños, además de tener los conocimientos sobre desarrollo infantil, debe, ante todo, ser capaz de transmitirles seguridad, confianza, alegría y estima, sin discriminar a ninguno.

El adulto debe presumir que el peso de sus mensajes, encubiertos o expresos, sus actitudes y conductas, el optimismo o el pesimismo que exprese, el autoritarismo o la posición democrática que ejerza, sus prejuicios, sus frustraciones y sus valores serán aprehendidos por el niño o niña. Igualmente, el adulto en su papel de mediador de los aprendizajes y de las experiencias del niño o niña, debe conocer que esta mediación le otorga al aprendizaje un significado cultural, ampliando el horizonte de su influencia.

Por ello cuando el adulto interviene para optimizar el desarrollo de los niños y niñas pequeños debe siempre tener presente que:

- No debe forzarse a los niños o niñas. La intervención del adulto debe aparecer de manera natural e incorporada a

la rutina diaria. No hay por qué establecer «sesiones de estimulación» especiales con los niños.

- El exceso de estimulación satura a niños y niñas. No se puede olvidar que no es la cantidad de interacciones lo que es efectivo, sino la calidad de las mismas.

- Debe dársele cabida a las intervenciones propias del niño y la niña. El adulto no siempre es el guía de lo que se podría hacer y cómo habría que realizarlo.

- Hay que tener siempre presente el estado de ánimo de niños y niñas, a fin de favorecer su equilibrio. No hay que propiciar días enteros de bullicio o de actividades sedentarias.

- Cualquier situación es favorable para aprender y la misma requiere una intencionalidad en el estilo de intervención.

- Puede organizarse el ambiente y los recursos de forma tal que mientras el adulto está ocupado con un grupo de niños y niñas, el resto pueda disfrutar situaciones enriquecedoras, en forma independiente.

- Deben evitarse cambios continuos en la persona que cuida a los niños y las niñas, pues éstos pueden ocasionar inestabilidad emocional para los pequeños.

En medios socioeconómicamente desfavorecidos, es más importante la actitud del adulto y el ejercicio de su rol que la falta de estímulos, materiales o pobreza del ambiente.

El niño y la niña en el vientre materno

Un bebé en el vientre materno, está en formación, en permanente crecimiento y desarrollo, es una vida a la que, desde que sus padres se dan cuenta de existencia, deben prestarle atención. Esa atención está relacionada con:

- Los nutrientes adecuados en cantidad y calidad que permitan que el bebé llegue al mundo en buenas condiciones nutricionales.

- Los controles médicos para monitorear su estado de salud.

- Una atención que ninguna familia debe olvidar brindar desde el vientre a ese nuevo miembro: la atención «emocional y afectiva» que contribuirá a traer a mundo a un niño o niña feliz y sano emocionalmente.

El conocimiento del niño o la niña debe comenzar desde antes de su nacimiento. En el vientre materno hay una gran cantidad de cambios que todo adulto significativo, y sobre todo, todo padre debe conocer, a fin de propiciar desde el inicio de la vida una relación nutritiva y satisfactoria con ese ser que está en camino.

En las últimas décadas, numerosos investigadores se han dedicado a estudiar la vida del niño o la niña aún no

nacido o nacida, sus reacciones y respuestas ante cambios del medio ambiente y ante cambios en la conducta de su madre; los resultados encontrados han sido sorprendentes y obligan a que se preste mucha atención a estos nueve meses de vida intrauterina.

Hacia los años sesenta los avances tecnológicos contribuyeron con las pruebas de que el niño o la niña antes de nacer siente, oye y ve.

- Alrededor de la quinta semana de vida, el niño o la niña tiene un repertorio grande de conductas reflejas.

- A las ocho semanas mueve la cabeza, los brazos, las piernas, el tronco y a través de estos movimientos puede expresar desagrado, por ejemplo cuando se pellizca el vientre materno tiende a alejarse.

- Hacia las 16 semanas hace gestos con su cara: frunce el ceño, hace muecas.

- Entre las 20 y 24 semanas es sensible al tacto: si se le cosquillea el pericráneo durante un examen patalea fuertemente. Además es sensible a los sabores: si se inyecta una solución dulce en el vientre materno, su tasa de ingesta aumenta, si por el contrario se agrega una sustancia con sabor desagradable, la ingestión de líquido disminuye, llegando inclusive a hacer muecas de desagrado. También hacia este momento el feto se hace sensible a la luz. Si se coloca una fuente luminosa en el vientre materno, el niño o la niña, se moverá hacia el lado contrario de ella.

- A partir de la semana 24, el feto es sensible a los sonidos: oye los sonidos estomacales de la madre, el latido de su corazón, y aunque más atenuado que los anteriores, es capaz de oír la voz de su madre y los ruidos y voces que provienen del exterior. El sonido del corazón de su mamá es de mucha significación para el bebé aún no nacido y de mucha trascendencia pues lo acompaña sin abandonarlo los nueve meses de vida fetal. Este sonido acompasado le permite «saber» que todo está bien, que puede sentirse seguro. Cambios en el ritmo cardíaco de la madre pueden sobresaltarlos, alterarlos; incluso, algunas madres han reportado que el estar en ambientes excesivamente ruidosos como construcciones, conciertos, discotecas, han causado una gran agitación en niños y niñas, la cual desaparece al eliminar el ruido exterior.

- Entre las 28 y 32 semanas de vida, muchas de las conexiones neuronales del cerebro ya se han establecido, lo que permite que la conducta del bebé se haga más compleja. Hacia las 32 semanas se pueden distinguir períodos de sueño y vigilia en el feto.

Algunos investigadores han llegado a concluir que los fetos son capaces de llegar a establecer un «vínculo afectivo» con su madre. Estas investigaciones se apoyan en estudios relacionados con neurotransmisores (sustancias químicas

transmisoras de información en el sistema nervioso), los cuales fueron extraídos de animales asustados e inyectados en el torrente sanguíneo a animales tranquilos, provocando en estos últimos la misma sensación de miedo. Estas sustancias pasan a través de la placenta a niños o niñas, por lo que los estados de grandes perturbaciones en la madre son sentidos por ellos.

Sin embargo, aunque las tensiones que afronta la madre afectan a los niños o niñas, lo más importante para ellos es lo que ella siente hacia su hijo o hija. La Dra. Lukesch, luego de estudiar más de 2.000 mujeres embarazadas, encontró que la actitud de ellas hacia sus hijos o hijas tenía un efecto crítico sobre ellos. Los hijos e hijas de las madres aceptadoras demostraron ser física y emocionalmente mucho más sanos al nacer que los de las madres que rechazaban a sus hijos o hijas.

También sobre el niño o la niña no nacido influye su padre, pues si la madre tiene una relación sana, nutritiva y segura, se sentirá, a su vez, tranquila y querida y esto se lo transmitirá a su hijo o hija.

Todo lo anterior nos lleva a concluir:

Es importante que los padres y su bebé aún no nacido, establezcan un vínculo de afecto, que haga que el bebé se sienta querido, aceptado y en un ambiente de seguridad y confianza.

Estos vínculos son muy importantes para la futura relación entre el niño o la niña y su madre. No hay que olvidar que la pauta para esta relación la establecen la madre y el padre; si sus movimientos y mensajes son de hostilidad, confusión, o descuido, el niño o la niña puede desconcertarse. Para que funcione es preciso que exista el amor y el deseo de traer al hijo o la hija al mundo.

El amor y la aceptación que se le brinda al niño o la niña desde que está en el vientre materno contribuyen a que al llegar al mundo esté seguro y sea feliz.

Los primeros tres años en la vida del niño y la niña

La relación de afecto entre la madre y su hijo o hija, se nutre después del nacimiento y continúa la formación del apego. Es muy importante:

- El contacto físico, visual y verbal que se establece entre los padres y el niño o la niña.

- El tocar todo su cuerpo, hablarle con ternura, besarlo, olerlo, abrazarlo verlo, son sensaciones que ningún recién nacido debe dejar de sentir y ningún padre dejar de disfrutar..

Si se observa cuidadosamente, los bebés son muy sensibles a estas muestras de afecto, se mueven en respuesta

a las caricias y voltean cuando se les habla cerca de su cabeza. Estos primeros contactos con los padres van a contribuir a que éstos se sientan más seguros en su relación con hijos e hijas, y mejoren su autoestima.

El primer mes de vida es un período de ajuste; ya la madre no va a realizar todo por ellos sino que deben comenzar a actuar por su cuenta, con independencia. Las áreas principales de ajuste durante este primer mes son:

- La respiración.
- La regulación de la temperatura.
- La circulación de la sangre y la digestión.
- El llanto.

Este último juega un papel importante, pues con las primeras inhalaciones de aire, por primera vez se llenan los pulmones de aire y comienza su funcionamiento. Esto hace que haya un cambio en el sistema circulatorio, pues ya el corazón del bebé no necesita bombear sangre hacia la placenta para la aireación, sino que la sangre circula ahora hacia los pulmones.

Además de estas adaptaciones, el recién nacido llega al mundo y continúa desarrollando todas las capacidades que trae desde el vientre: va perfeccionando su visión, al comienzo, sólo distingue objetos cercanos, y es capaz de seguirlos a la derecha e izquierda de su campo visual; así mismo, puede buscar un objeto sonoro colocado cerca de él y le gusta que lo carguen, arrullen y le canten.

Todo esto le va a permitir comprender y controlar y también actuar externa y mentalmente sobre el entorno físico y social (desarrollar su inteligencia). Este desarrollo necesita del sustrato biológico, es decir, de la maduración del sistema nervioso central y de los órganos de los sentidos así como también del conocimiento de los distintos elementos que conforman el mundo que rodea al niño. La inteligencia comienza cuando el niño o la niña desarrolla la capacidad de discriminar, cuanto más conozca de su mundo y pueda asociar esas nuevas experiencias con las experiencias que ya posee, tanto más sentido le dará a éstas y se integrarán cada vez más a un sistema de ideas interrelacionadas.

Los cambios en las capacidades intelectuales pueden ser de orden tanto cuantitativo como cualitativo, por ejemplo, el niño o la niña a medida que crece reconoce más colores, también cambian o se amplían los criterios de agrupación de un conjunto de objetos o la forma de resolver un problema.

Estos cambios que ocurren a lo largo de la vida de todo ser humano, pueden ser organizados atendiendo a la clasificación que realiza el psicólogo suizo Jean Piaget.

La teoría constructivista de Piaget considera que el desarrollo de la inteligencia puede ser subdividido en tres etapas o períodos:

1. Período sensoriomotor (desde el nacimiento hasta aproximadamente los tres años de edad).

2. Período de preparación y de organización de las operaciones concretas, que comprende dos subperíodos: Preoperacional (de 2 a 7-8 años aproximadamente) y operaciones concretas (de 8 a 11 años).

3. Período de las operaciones formales (a partir de 11-12 años). En cada una de estas etapas el niño o la niña conoce el mundo de manera diferente y utiliza mecanismos internos diferentes para organizarse. En cada nueva etapa, las capacidades adquiridas en las etapas anteriores se retoman para integrarlas a una estructura más compleja.

En este folleto se van solamente a detallar los períodos que corresponden a los tres primeros años de vida.

El período sensoriomotor se caracteriza porque el niño o la niña piensa en el aquí y el ahora, mientras pone en práctica capacidades que utilizará posteriormente. Las estrategias que utiliza para organizar sus experiencias tienen como punto de partida los reflejos innatos, los cuales poco a poco van dejando de ser involuntarios para pasar al control voluntario. En este período la inteligencia está basada en las propias acciones del bebé sobre el ambiente, su funcionamiento cognitivo es completamente práctico, su inteligencia está limitada a la acción.

Los principales logros de este período pueden resumirse en:

1. La capacidad de coordinar la información proveniente de todos los sentidos para poder comprender, por ejemplo, que el mismo objeto puede ser tocado, visto, oído, oído, probado.

2. La capacidad de conocer que el mundo es un lugar permanente, cuya existencia no va a depender de que el niño o la niña lo perciba o no. La permanencia del objeto es uno de los principales logros de esta etapa y es fundamental para la adquisición de otros, tales como espacio, tiempo y causalidad.

3. La capacidad de comportarse con determinados objetivos. Si por ejemplo desea algo, el niño o la niña camina hacia donde está o lo pide.

Piaget subdivide el período sensoriomotor en 6 subetapas caracterizadas cada una ellas por lo siguiente:

- *Subetapa 1. El uso de reflejos:* El niño o la niña pone en práctica todos sus reflejos, succiona, observa.

- *Subetapa 2. Reacciones circulares primarias:* El niño o la niña reproduce cosas que hizo por primera vez anteriormente de manera casual. El niño hace cosas con su cuerpo: succiona su dedo, explora más sistemáticamente su ambiente de forma visual, táctil.

- *Subetapa 3. Reacciones circulares secundarias:* Se inicia la acción intencional. Anteriormente repetía las

acciones por el placer de la acción misma, ahora empieza a interesarse por el resultado de sus acciones. Ya no se centra sólo en su propio cuerpo, sino también en los objetos que lo rodean. El niño o la niña trata de que sucedan nuevamente cosas interesantes como sonar repetidamente una maraca, golpear un objeto para que haga ruido. Se desarrolla el concepto de objeto.

- *Subetapa 4. Coordinación de esquemas secundarios y su aplicación a situaciones nuevas:* Ya el niño o la niña puede resolver problemas sencillos utilizando respuestas que ya ha dominado previamente. Combina acciones para obtener las cosas que desea, como agarrar a su mamá para que lo(a) cargue o señalar el tetero para que se lo den. Comienza a desarrollar el esquema de objeto permanente.

- *Subetapa 5. Reacciones circulares terciarias, el descubrimiento de nuevos medios a través de la experiencia activa:* Empieza a experimentar, el bebé ensaya formas novedosas de jugar o de manipular objetos. Explora objetos nuevos. Acomoda intencionalmente la información para encontrar soluciones nuevas a los nuevos problemas.

- *Subetapa 6. Invenciones de nuevos medios a través de combinaciones mentales:* La representación interna ya es evidente: el niño o la niña emplea imágenes, palabras o acciones para referirse a algo. Puede imitar. El concepto de permanencia del objeto está plenamente desarrollado; el niño o la niña puede entender los desplazamientos visibles e invisibles.

En el **subperíodo preoperacional**, el niño o la niña desarrolla un mundo simbólico, donde utiliza las representaciones mentales de los objetos, las imágenes, creando símbolos en sus juegos, y empleando los símbolos de la lengua para comunicarse con los demás. Todo lo que ha adquirido los primeros años de vida en el plano de la acción, tanto sobre sí mismo como sobre los objetos y su ambiente, ahora los reconstruye sobre el plan de la representación.

La lógica que el niño o la niña utiliza a esta edad no se asemeja a la lógica del pensamiento adulto. No actúa en forma casual, sino que se guía por sus propios intereses o por sus propias experiencias, más bien que por un pensamiento abstracto. Este tipo de pensamiento se ha denominado pensamiento egocéntrico. Sus percepciones, necesidades, intereses y temores se usan como principios y explicación de todos los acontecimientos. «El sol siempre va a donde yo voy»

El concepto clave de la teoría constructivista de Piaget para comprender el pensamiento del niño o la niña en esta etapa es de centración, que consiste en la dificultad de tener en cuenta otros factores distintos a los que se ha fijado inicialmente, para considerar la acción de dos factores a la

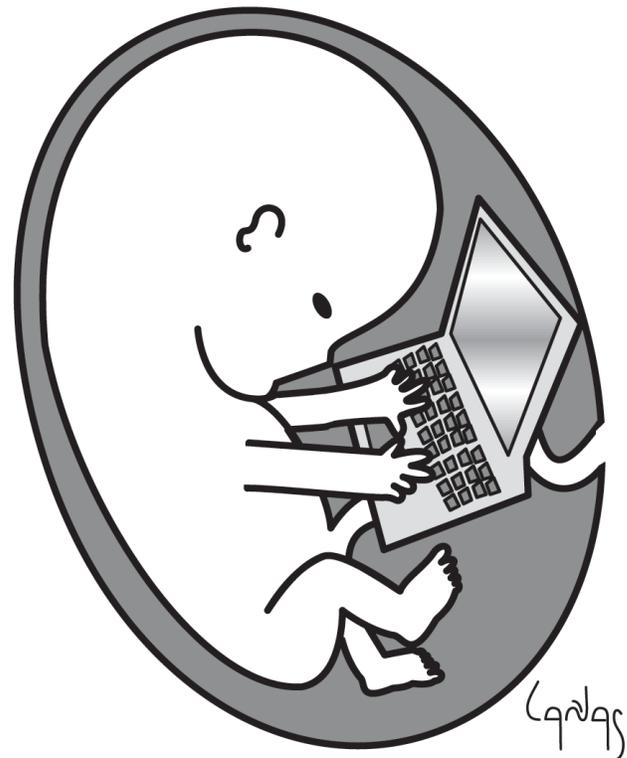
vez. En un ejemplo clásico de Piaget, se le presentan dos vasos iguales que contienen la misma cantidad de líquido y vertemos delante del niño o la niña el contenido de uno de los vasos en otro más alto y más delgado, el niño o la niña puede considerar que se trata del mismo líquido pero que en el vaso alto hay más cantidad porque se centra en un aspecto, que es el nivel y no toma en cuenta a la vez la anchura de los vasos. .

La centración no es una característica fija del pensamiento, sino que el niño o la niña va progresivamente descentrándose gracias a las condiciones y el contexto en el cual se desenvuelve; a más situaciones que impliquen este proceso, más precozmente su pensamiento irá descentrándose.

Debido a las limitaciones para manejar la abstracción, al niño o la niña le es difícil organizar el tiempo cuando se trata de pasado o de futuro. No tiene claro qué significa estar vivo o estar muerto. Conceptos como observar reglas, tomar su turno, no hacer trampa se comienzan a adquirir en esta etapa.

En esta etapa los niños y las niñas desarrollan un vocabulario extenso, pueden hacer descripciones completas de lo que les ha sucedido o han visto.

En cuanto al desarrollo del lenguaje, estos tres primeros años de vida son ricos en cambios y logros bien importantes; niños y niñas comprenden el lenguaje antes de aprender a hablarlo. La habilidad lingüística se desarrolla desde el vientre materno cuando el bebé escucha los



primeros sonidos; al nacer, ya puede determinar de donde viene la fuente sonora y al poco tiempo puede discriminar la voz de su madre de otras voces.

Se puede señalar que antes de la primera palabra el niño o la niña desarrolla un lenguaje prelingüístico el cual sigue las siguientes etapas:

1. Llanto no diferenciado:

El primer llanto es una acción refleja producto de la espiración del aliento, para pasar a ser la primera forma de comunicar necesidades: hambre, sueño, caricias.

2. Llanto diferenciado:

Después del primer mes de vida el llanto pasa a ser un medio de comunicación más preciso, ya los padres pueden diferenciar a través de él cuando el niño o la niña tiene hambre, sueño, está sucio o sucia, o le duele algo.

3. Sonidos simples y emisión de vocales:

Hacia el mes de nacido, los niños y las niñas producen una variedad de sonidos simples como griticos o gorgoros cuando están contentos o satisfechos.

4. Balbuceo:

Entre los tres y cuatro meses la variedad de sonidos que producen los niños y las niñas es mayor, combinan vocales con consonantes: ma-ma-ma-ma, pa-pa-pa, ta-ta-ta-ta.

5. Lalación o imitación imperfecta:

Cuando el niño o la niña escucha algún sonido y éste cesa, balbucea emocionado, repitiendo accidentalmente algunos de los sonidos y sílabas que acaba de escuchar. Imita sus propios sonidos.

6. Ecolalia o imitación de los sonidos de otros:

Hacia los nueve meses los niños y las niñas parecen imitar en forma consciente los sonidos que producen otras personas, a pesar de que no los entiendan.

7. Jerga expresiva:

Después de los doce meses muchos niños o niñas utilizan expresiones que parecen frases, aunque no podamos distinguir en ellas «verdaderas palabras».

Las etapas del habla lingüística se pueden resumir así:

1. Holofrase (oraciones de una palabra):

Una única palabra expresa un pensamiento completo (tengo hambre: «me»).

2. Oración de varias palabras:

Cerca de los dos años, las oraciones pronunciadas por los niños o niñas ya se componen de dos o más palabras. Solo contienen palabras que poseen significado, están carentes de artículos y preposiciones.

3. Expresiones verbales gramaticalmente correctas:

Hacia fines de los tres años de edad, los niños o las

niñas tienen un gran repertorio de palabras y un buen dominio del lenguaje expresivo y comprensivo.

Se ha demostrado que niños y niñas provenientes de familias donde se les habla frecuentemente, producen mayor número de vocalizaciones que aquellos provenientes de familias donde la comunicación verbal es limitada.

Es importante que los padres comprendan lo temprano que los niños y las niñas reaccionan al lenguaje (desde el útero) y lo necesario que es hablarles escucharlos y responderle sus preguntas.

La motricidad, al igual que el resto de las áreas del desarrollo, no progresa en forma independiente sino que influye y recibe influencia de factores afectivos, cognitivos, lingüísticos y sociales. El niño o la niña va de un estado donde los movimientos son reflejos, espontáneos y descontrolados, hasta la representación mental del movimiento, pasando por acciones coordinadas y complejas.

Al nacer el niño o la niña presenta una serie de movimientos espontáneos, no controlables, que no están sometidos a una estimulación externa y que no responden a una intencionalidad. Son movimientos de búsqueda, de orientación, repetitivos, de exploración del cuerpo, descargas autodefensivas o movimientos rítmicos.

Durante el primer año de vida el niño o la niña va logrando una modulación del tono muscular que le permite la adquisición de las diversas conductas motrices. Ya al final del primer año, ha avanzado enormemente en cuanto a su motricidad, realiza movimientos intencionales como agarrar los objetos que le llaman la atención, voltear, sentarse, pararse, e incluso, caminar. Estos logros le van a permitir aumentar su radio de acción y ampliar sus experiencias, por lo que podrá caminar, subir, bajar, trepar, saltar, correr, balancearse, empujar, colgarse, lanzar, transportar, arrastrar. Por ello, sus juegos son con movimientos y se desplaza de muchas maneras por el simple placer de moverse.

En general, en los dos primeros años de vida del niño o la niña los movimientos son débiles en intensidad y reducidos si se comparan con los de niños de mayor edad. A partir del tercer año, aumenta la velocidad, la fuerza y el volumen de los movimientos.

El control del cuerpo es de suma importancia para el niño o la niña por varias razones:

- La salud física depende en gran medida del ejercicio que se realice.

- El juego físico estimula la circulación y la respiración, lo que implica una mejor nutrición de las células y que sus desechos sean eliminados más eficazmente.

- El desarrollo motor contribuye a la salud mental, pues el buen control motor motiva al niño a participar en actividades físicas que le servirán para liberar tensiones, ansiedad y frustración. También, el buen control motor capacita al niño o a la niña para entretenerse tanto solo como con el grupo.

Además de todos los cambios en la motricidad gruesa, hay una evolución marcada en los primeros años de vida en lo que concierne al movimiento de las manos, la motricidad fina. El niño o la niña pasa de un agarre reflejo a un agarre intencional; de un agarre impreciso a uno preciso y de un agarre tosco, con toda la mano, a un agarre fino solo con la punta de los dedos índice y pulgar. La mano es uno de los órganos fundamentales para el desarrollo cognoscitivo, perceptual y, además, del afectivo; tiene importancia fundamental en la edad escolar, pues es durante esta etapa que se desarrolla la habilidad de escribir.

La adquisición de esta habilidad se inicia en los primeros años de vida cuando el niño o la niña agarra un lápiz para hacer garabatos en las paredes, pisos y hojas de papel y, posteriormente, realiza dibujos donde representa gráficamente sus fantasías y su realidad.

El aspecto emocional y social es fundamental en estos tres primeros años de vida. Al nacer el niño o la niña llega a un ambiente lleno de personas, con características, formas de comportarse, actitudes, valores y creencias distintas y un conjunto de reglas sobre cómo comportarse. El niño o la niña debe aprender a vivir en este medio de tal forma que su vida sea lo más grata y placentera posible.

Para tener herramientas para enfrentarse a la sociedad en la cual le corresponde vivir es importante que el niño o la niña desarrolle relaciones sanas con sus familiares. El primer vínculo, y sin duda, el más determinante que el niño realiza, es con su madre. Las conductas de apego del niño o la niña quedan demostradas cuando se observa que prefiere la compañía de determinadas personas (madre, padre, cuidador...), les sonríe, vocaliza, busca con la mirada y con su cuerpo. El proceso de apego es un sistema mutuo, la conducta del niño hace que el adulto responda de determinada manera y estas respuestas desencadenan ciertas conductas en el niño y la niña. Algunos investigadores han trazado la evolución del apego y lo han subdividido en tres fases:

1. Aumento de sensibilidad social:

En los primeros meses de vida, el niño no distingue claramente entre sus cuidadores y otras personas y reacciona más o menos igual ante todos. Ya hacia los tres meses o antes reconoce figuras familiares y su atención

está principalmente dirigida hacia sus cuidadores habituales.

2. Búsqueda activa de proximidad:

Cuando los niños y las niñas han adquirido ya alguna forma de locomoción, buscan activamente la compañía de personas familiares: le lanzan los brazos para que los carguen, los llaman, en fin buscan su atención. Muestran resistencia ante extraños y ante la separación de la madre o cuidador. Cuando el adulto responde al niño o la niña de manera afectuosa y satisface sus necesidades básicas, este vínculo se establece de manera más sólida, lo que repercute en la seguridad y confianza con que en el futuro niños y niñas afronten la vida.

3. Comportamiento de reciprocidad:

Hacia los tres años de edad, el niño o la niña establece una relación en la que busca satisfacer al adulto, advierte que el cuidador es una persona importante e individual y es capaz de comportarse intencionalmente de forma tal que ambos se sientan satisfechos con la relación.

Un apego seguro con el cuidador brinda al niño o la niña una sólida base para adquirir competencias nuevas, asimismo, contribuye a que explore en mayor medida su ambiente, los objetos que lo rodean, y se sienta más seguro en ambientes desconocidos; también contribuye al desarrollo de la confianza tanto en sí mismo como en quienes lo rodean.

La confianza tiene implicaciones para la vida social que perduran toda la vida: la disposición a adaptarse cuando el niño o la niña debe ir al preescolar, la aceptación de un nuevo hermano, el éxito en la escuela, el jugar en grupo, el éxito en las relaciones heterosexuales en los adolescentes... se crean sobre las primeras experiencias de apertura, confianza, optimismo que se establecieron entre el bebé y sus cuidadores. La confianza es una condición indispensable de cualquier relación social estable. Sin la confianza en sí mismo y en los demás no es posible una actitud social positiva.

Cuando se quiere a un niño o una niña, se le satisfacen sus necesidades de alimentación, sueño, higiene y, sobre todo, se le hace saber que es amado o amada y aceptado o aceptada tal cual es.

La buena relación cuidador–niño o niña es aquella donde ambos juegan, hablan, ríen, y disfrutan el estar juntos. (E)

Publicación financiada por el Proyecto de Desarrollo Social. Convenio de Préstamo 3270 ve. Depósito Legal: lf12519983702180. s/f.

LA AMISTAD

CHRISTIAN CAZABONNE

La amistad, esa palabra que escuchamos diariamente en todas partes del mundo, se define como un afecto personal y desinteresado, por lo común recíproco, que nace y se robustece con el trato; pero lamentablemente este concepto no coincide con la realidad actual.

Buenos amigos hay pocos, es difícil ser buen amigo, debes saber hablar o callar en el momento oportuno, ser decidido y paciente, amar y renunciar, pero en todo momento hace falta ser fiel a la amistad y todo esto conlleva unas largas listas de decepciones y engaños, ya que siempre aquellos, quienes creemos nuestros verdaderos “amigos”, nos fallan cuando más los necesitamos, creándonos una traición que nos duele mucho.

¿Cuántas veces nos ha sucedido esto? A diario nos vemos impregnados de un toque de hipocresía que se esconde debajo de una máscara de falsa amistad, a diario escuchamos de “amigos” peleados, y todo, por ese marcado interés que hay actualmente en cada persona.

Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente del que muchos alardean, se convierta en hechos concretos que sirvan de una manera u otra para ayudarnos unos a los otros. Debemos crear amistad, pero la verdadera y fiel, no aquella que busca la reciprocidad del bienestar, ni el interés oportuno, sino aquella que busca la ayuda y el bienestar, así como el afecto de las personas amigas.

Amigo es aquel que nos acompaña siempre en lo bueno y en lo malo y sufre y padece todo lo que nos sucede. Amigo es aquel que sabe escucharnos cuando nos sentimos ahogados. Amigo es aquel que nos da un buen consejo y amigo es el que ejerce amistad..

Busquemos bien nuestros amigos, pero no depositemos en ellos nuestra absoluta confianza, ya que luego vamos a ser víctimas de fraudes y decepciones porque hoy nadie es amigo de nadie, sólo se busca el bienestar propio y el egoísmo –lamentable- que van en contra de una sociedad unida; nadie es capaz de ayudar a otro y si esto no termina, nuestra sociedad se tornará, como lo es ya, en una masa de individuos sazonados de envidia, egoísmo, traición y olvido. De ahí se deduce la famosa frase: “O vivimos todos juntos como hermanos o padecemos todos juntos como idiotas”.

Para algunas personas, la amistad es compartir y estar siempre con el amigo, tanto en las buenas como en las malas. La amistad abarca una serie de sentimientos especiales y duraderos.

Para otros, la amistad es uno de los valores que debemos cuidar y apreciar, saber llevarla y estimarla, tratando de estar con el amigo en todas las circunstancias.

Diario Frontera. Mérida 5C. 10-02-2002